

PALAFox Y MENDOZA, JUAN DE (1600-1659)

CARTAS PASTORALES

CARTA A LA VENERABLE CONGREGACIÓN DE SAN PEDRO DE LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES, Y EN ELLA A LOS REVERENDOS Y VENERABLES SACERDOTES DE TODO EL OBISPADO

Juan, indigno obispo suyo, y abad de esta congregación, salud en el Señor.

*Sacerdotes tui induantur justitiam,
et Sancti tui exultent. (Ps. 131. v.9.).*

Mal puede, venerables sacerdotes, el entrañable amor que tengo a tales súbditos e hijos disimularse en la ausencia, porque la caridad divina, que se mezcla en nuestros corazones, nos está solicitando cada día, a unos y a otros, a nuevos y ardientes afectos de agradar a aquel Señor, desde cuya beneficencia y liberalidad descende a nuestras almas este buen deseo, y con cuya gracia y luz se propaga y aumenta. Es el amor espiritual una dulce y sabrosa inquietud, que siempre nos trae y nos lleva, del Creador a las criaturas y de las criaturas al Creador; deseando y procurando con unidad de bienes de espíritu enriquecer, y ser enriquecidos, recibir, y dar lo que se recibe. A esta causa, si volvemos los ojos a Dios, es para que los ponga su benignidad en nosotros, y en nuestras ovejas; y si los volvemos a nuestros súbditos, es para solicitarles que los vuelvan a Dios, apartándolos de las cosas transitorias y entregándose del todo a las eternas.

De esta ansia, y solicitud resulta el procurar con las Cartas hacer más tolerable la ausencia de tales hijos, hermanos y compañeros, confesando que, no hallándose el cuerpo presente, se halla nuestra alma, no sólo presente sino cuidadosa, solícita y atenta entre los santos ejercicios de esa devota y venerable Congregación. Tenemos, señores, agradables nuevas y avisos ciertos del fervor, espíritu y devoción con que se va aumentando cada día, de la asistencia con que se frecuenta la oración, de la caridad con que se socorren los pobres, del amor con que se curan los enfermos, de la discreción con que se consuelan los encarcelados, de la prudencia con que se pacifican los inquietos, y finalmente cuán santamente se reparte por la ciudad y el obispado aquel buen olor de virtudes, que quiso San Pablo despidiesen de sí los sacerdotes.

El conocimiento verdadero, que he tenido de este fervor, ha renovado en mí, y aumentado, el amor paternal que tengo a todos mis sacerdotes y clero, y este mismo deseo y afición me va dictando estas razones y obligándome a que oigan por escrito las primeras voces de su Prelado, significándoles el consuelo espiritual con que por esta causa vivo en esta penosa y desabrida ausencia. Penosa digo, y desabrida, pues me aparta

de tales hijos, amigos y compañeros: penosa y desabrida, pues me quita el empleo de las cosas espirituales de mi iglesia, que trae consigo tanta suavidad y dulzura y me embaraza en las temporales, que traen consigo tanto desabrimiento, disgusto y penalidad.

Pero supuesto que se tiene por preciso que por ahora acuda a estas cosas, que aunque temporales conducen a las espirituales, por la buena administración de justicia en que consiste el poder, por esto transitorio pasar con pasos más seguros a lo eterno; padezca yo la tribulación, porque goce el público el descanso, aunque de mi moderado trabajo y corto talento poco se puede esperar.

¿Pero quién puede ponderar bastantemente el gusto que resulta de las ocupaciones espirituales, eclesiásticas y místicas? ¿Quién bastantemente puede explicar el gozo del alma al administrar los sacramentos, al repartirlos a los fieles, al socorrer los pobres, consolar los afligidos, servir los enfermos, corregir, remediar, prevenir, enmendar, encaminar y dirigir las almas al camino de la vida eterna? Repártense las flores de las virtudes y llenan de fragancia a los que las reciben, y de dulzura al que las da. Ocupaciones derechamente de Dios para Dios, y que en ellas mismas va solicitado el calor de su amparo y el abrigo de su misericordia.

¡Oh Señor mío! ¿Por qué dais tanto gusto en el serviros? ¿Por qué tanto gozo en el obedeceros? ¿Por qué tanta suavidad en el amaros? ¿Por ventura conocéis nuestra flaqueza y sabéis que menos que peleando esta fragilidad deleznable, y cebando con los dulces efectos de la gracia las rebeldías de nuestra naturaleza, no tendremos aliento par a seguimos? ¿Por ventura queréis que comiencen las almas a gozar en esta vida los innumerables gozos, que se esperan en la eterna? ¿Por ventura queréis, para que sea más dado lo que diereis en la gloria, tener pagado de antemano, con el gusto de amaros, el leve trabajo de serviros? Por ventura queréis hacer penalidad en las almas la cruz amorosa de tan anticipados beneficios? Bien haya quien así sabe honrar aun lo que no está servido, quien así sabe premiar aun lo que no está merecido!

Confieso, señores, que algunas veces me hace gran fuerza nuestra ingratitud y me acongoja y aflige mi propio conocimiento, porque no veo cosa por qué dejar a Dios, y no veo cosa por que fácilmente no le deje. ¿Dónde hay en el mundo una correspondencia tan segura? ¿Una voluntad tan constante? ¿Un amigo tan firme? ¿Un señor tan liberal? ¿Un Padre tan amoroso? ¿Un Maestro tan docto? ¿Quién asiste a otro con tal igualdad de finezas? ¿Con tan sufridas tolerancias? ¿Con tan continuos favores y misericordias? ¿Vense en el mundo sino ingratas correspondencias, amistades alevosas, compañías discordes, finezas inconstantes? ¿Pues sobre qué cae, que dejemos al Criador por las criaturas? Cuando no nos lleve la conveniencia, llévenos el gusto. Cuando no nos lleve su amor, llévenos el nuestro; y si nos queremos bien, amemos y sirvamos a Dios, que es aborrecernos desamarle, y perseguirnos no seguirle.

Y este gusto del amor divino, que en todos es sabrosísimo, en los sacerdotes es de mayor mérito, y no dudo que suele ser de mucha mayor intensidad, así por las infusiones de la gracia, que van con las órdenes sagradas, como por la suprema alteza de su ministerio. Porque así como en los coros de los angeles, los de la suprema jerarquía, como quien

recibe más de cerca las influencias divinas, se hallan en mayor altura de amor, de valimiento, gracia y poder. Así en esta iglesia militante el coro de los continentes, el de las vírgenes, el de los anacoretas y así todos los demás, no pueden igualar en la alteza del ministerio a los sacerdotes; los cuales, lo que se aventajan en la ocupación, exceden a todos los demás en mérito, y más si a la soberanía de su ministerio corresponde la intensidad de su ardiente caridad, que es la que califica y realza nuestras obras.

Caridad llamo al amor divino, que es el que nos da y administra esta caridad inferior y amor santo a las criaturas, para llevarlas a Dios; y así entiendo que todos los ejercicios, que hacen los venerables congregantes de San Pedro, de visitar los enfermos, remediar los pobres, consolar los encarcelados, pacificar los inquietos; son centellas del amor divino, cuyo fuego, después de apoderado de sus almas, las ejercita y dirige a una ocupación tan santa, útil, fervorosa y devota. Finalmente son efectos de la oración, que con tanta asistencia y cuidado frecuentan, en cuyo horno se calientan las almas y se reciben las luces, que después ministran a los fieles. Por las entrañas de Cristo, señores, que prosigamos en este santo ejercicio de la oración, que es el alimento del alma, sin el cual no se puede vivir a la vida de la gracia, como sin alimento alguno el cuerpo a la de esta perecedera y mortal.

¿Hay cosa más natural, que olvidarnos de lo que nunca reducimos a nuestra memoria? ¿Ni más fácil que errar aquello que no pensamos ni premeditamos? ¿Ni más ordinaria, que desaparecerse los primeros principios de las cosas, cuyas especies nunca traemos a la consideración? Pues todos estos daños, que son tan comunes, naturales y frecuentes, evita la oración al cristiano; pónle presentes las cosas eternas para que desprecie las temporales; hácele que piense en la miseria de esta vida para que tenga siempre delante los gozos de la otra; tráele a la consideración aquellas nobilísimas especies de los beneficios divinos y de la bienaventuranza, la memoria formidable de la muerte, de la cuenta, del infierno, con que si no se aficiona a lo primero, tema lo segundo; si no le alienta la esperanza, le aparte de lo malo el temor y viva atenta y despierta a la vista y cuidado interior, esperando y amando lo que Dios le ofrece, si le sirve, y temiendo lo que Dios le amenaza, si le ofende.

¿Pues qué si llega la oración a calentar el alma en el amor divino? Entonces, despreciando la pena, pisando las tribulaciones, desechando los gustos, ni por la esperanza de la gloria, ni por eludir el infierno, sino por Dios, por su amor, por su bondad, por ser quien es, por lo que merece y vale, por lo que por ella padeció; nada quiere sino padecer por él, nada espera sino amarle, nada teme sino ofenderle. El infierno le parece fácil, si fuera compatible con la gracia; intolerable le parece una culpa, aunque fuera compatible con la gloria. La muerte le parece vida, porque se termina con ella esta carrera expuesta a tantas ofensas y pecados; y la vida le parece amable padeciendo y aborrecible gozando.

Vive el alma con esto alegre y determinada; firme y constante en lo bueno, sin las penalidades, zozobras, remordimientos y miserias con que vive el malo. Todos aquéllos son efectos de la oración, y éstos del olvido de las cosas celestiales, en que incurrimos fácilmente, si no nos ejercitamos en ella; porque como nuestra fragilidad y malas

inclinaciones, abrazan, naturalmente, esto visible, caduco y perecedero sin cuidado ninguno, se va perdiendo un alma en breves pasos siendo así que para no perderse necesita de grande atención y cuidado. ¿Quién no ve la volubilidad de estas cosas temporales? La inconstancia de esto que llaman fortuna, cuya rueda y curso hoy tiene en el más inferior grado al que ayer tenía en el supremo? El que ayer desperdiciaba lo propio, hoy necesita de lo ajeno? ¿El que ayer mandaba, hoy sirve, y mañana volverá a mandar, y otro día volverá a servir?

Ninguna cosa tiene mejor el mundo que la inconsciencia, no sólo por lo que ella desengaña y se hace aborrecible, sino porque con la facilidad del dar, y de quitar las felicidades, consuela a los desvalidos y mortifica a los vanos, y con esta variedad de cosas, el dichoso debe temer, y el desdichado puede esperar. ¿Quién sufriera al linaje humano, si fuera constante y perpetuo su poder? ¿Y si estuviese siempre el afligido gimiendo en la cadena del cruel? ¡Oh bondad y providencia infinita, que aun en las imperfecciones de la vida libráis el consuelo de los hombres; y aquello que en nosotros es miseria, en Vos es misericordia!

Pero lo que nosotros hemos de considerar y premeditar es la velocidad con que corre la vida a la muerte, y en tener por muerte la vida, cuando ésta no se ocupa toda en buscar y apetecer la eterna. Considerar que las riquezas son pobreza, las felicidades engaños, los gustos precipicios, el descanso riesgo; que la pobreza es alegría, desengaño la infelicidad, descanso la pena, y seguridad y aliento el padecer por Dios. A esta causa, no es el menor, ni menos útil efecto de la oración, a que tanto inclino a los sacerdotes, la mortificación, y deseo de padecer por Dios, y rendir la naturaleza, tomando en la mano, la gracia, la disciplina para corregirla y enseñarla. Y así se ve, que hay pocos, o ningunos oradores, que no sean mortificados; y si esta segunda virtud falta, corre riesgo la primera.

No entra Dios en nuestros corazones por amor, sin que salga de ellos el mundo, y así como huyen de la luz las tinieblas, huyen las pasiones del amor divino. Estas miserias, pasiones y propiedades con que se cría, crece, y vive el alma, no se pueden quitar, menos que con hacer siervo al cuerpo y si ganó su tiranía esta parte inferior mandando, que la pierda del todo obedeciendo. Si la propia voluntad me hizo andar perdido, y ausente de mi amoroso padre, y derramado por las criaturas, gastando en ellas mi hacienda, mi caudal, los talentos que me tocaban de la herencia y me redujeron a alimentar las inmundas pasiones, que me mandó guardar el apetito. La voluntad de Dios me reduzca a los brazos de mi padre, y allí, con pura obediencia, vaya deshaciendo la voluntad propia con la voluntad de Dios.

Los ayunos, los cilicios, las disciplinas y mortificaciones de la carne ¿para quién sino para los sacerdotes se hicieron? Pues con la oración han de hacer propicio al Criador con las criaturas, y en los sacrificios se hacen vivos templos del Criador. ¿Y quién no recibe en su casa con dignas y decentes alhajas al Rey universal de los Reyes? Y cómo pueden ser decentes, ni convenientes las que compusiere la propia voluntad y estimación? Virtudes son, virtudes las que ha de hallar en nuestro corazón, que cada día recibimos y sacrificamos; y estas virtudes no pueden hallarse sin ejercitarlas, ni pueden ejercitarse sin vencer primero los vicios, ni pueden vencerse los vicios sin la mortificación. Y así toda

nuestra vida, cuando no en el acto práctico (porque no lo tolera nuestra fragilidad) por lo menos en nuestro deseo e intención, y cuanto pudiéremos en las acciones, no ha de ser sino una perfecta cruz; ya por lo que nos conviene para introducir las virtudes, castigar el cuerpo, para que no corra rotamente a los vicios; ya por seguir en cruz al que se puso en una Cruz, para que le sigamos e imitemos.

De aquí resulta, que debemos estar sumamente atentos a vencer las inclinaciones del ánimo, y no olvidarnos de estas acciones exteriores del cuerpo. Es sumamente admirable la armonía con que se gobierna el interior y el exterior del justo, místico, espiritual, y de manera que el alma y el cuerpo hacen un compuesto de suma perfección, pues ha sido de las obras más maravillosas que ha hecho el poder divino. Así también en la vida espiritual y eclesiástica ha de haber su congruencia del interior al exterior, tal, que éste signifique cómo es aquél, y aquél gobierne cómo debe portarse éste. Por esta razón, señores, he encomendado tanto los trajes y compostura exterior, los colores decentes, los vestidos sin ostentación, ni vanidad; con una modestia y limpieza cristiana, y verdaderamente eclesiástica, no sólo por lo que nos lo encomienda el derecho a los Prelados, y el sagrado Concilio de Trento, sino porque es tan fácil nuestra flaqueza a perderse, que para esto basta cualquiera descuido, y para cobrarse necesita de todo su cuidado.

Tanto más, que el interior lo debe el sacerdote a Dios todo; el exterior a Dios, y a las criaturas. A Dios el interior para servirle con humildad y modestia; y a las criaturas el exterior para mejorarlas con su ejemplo. ¿Y qué es el cuerpo, que merezca cuidado en ser servido, ni atención para que sea adornado? Enemigo doméstico del alma, compañero infiel, causa de nuestras tibiezas, casa mal segura de barro deleznable, que a quien primero oprime con su ruina, es al dueño que la habita. ¿Dónde nacen, dónde viven, dónde crecen las pasiones, que nos apartan de Dios, sino en el cuerpo? ¿Y quién sino él pone los lazos al alma? ¿Quién trata a un esclavo como a rey, sino quien fuere tan necio, que tratare a un rey como a esclavo? Lo mismo es coronar el cuerpo de gustos, que aprisionar el alma de pasiones.

Y así debemos tratar al cuerpo como a verdadero esclavo, sustentándole con lo bastante, vistiéndole lo congruo y preciso, corrigiendo sus antojos, y conteniéndole con el rigor de lo justo dentro de lo permitido. Y verdaderamente, señores, que conviene dentro de los términos de la decencia exterior, que también es importante acreditar la pobreza, virtud tan amada de Jesús, Señor y Maestro nuestro, con quien nació en el pesebre, y con quien murió en la Cruz. San Pedro, nuestro padre, fue pobrísimo, y por no tener plata que dar al pobre, le dio la salud; puede ser que tuviera menos gracia para dar la salud, si tuviera la plata.

En teniendo lo necesario ¿qué nos importa lo superfluo? De lo que me falta a lo que he menester considero gran distancia; pero de aquello que me basta a lo que me sobra, todo es de poca o de ninguna sustancia. Nuestro tesoro ha de ser en el corazón de Jesús, para que esté nuestro corazón donde está nuestro tesoro. Y no digo esto porque sepa que hay sacerdote que sea aficionado a la plata, ni que la posea con exceso, pues (a Dios las gracias) no vea sino bondad, virtud y reformation en todo el clero de este obispado, sino porque no nos acredite el exterior de ricos, cuando en la sustancia estamos pobres.

Porque si el vestido, si el exterior, si los colores nos estuviesen acreditando de suntuosos y opulentos, poco importaría en la sustancia ser pobres; vendríamos a ser hipócritas del poder, de la riqueza y ostentación, mostrando lo que no tenemos, cuando aunque lo tuviésemos no habíamos de mostrarlo. Los sacerdotes, no sólo hemos de ser buenos, sino parecerlo, ocultando nuestras imperfecciones, porque no tropiecen en nosotros los seculares, que con nosotros se habían de mejorar. Y lo cierto es, que en las Indias, tanto debe ser mayor el cuidado de amar la pobreza, cuanto es el concepto común de todos, que el venir y estar en estas provincias es por buscar y conseguir este embarazo de la vida, que llaman plata y riquezas. Y de la manera que el camino del Señor es siempre contrario al del mundo, nosotros eclesiásticos, sacerdotes, separados dentro del siglo, tanto mayor cuidado debemos tener de desviarnos de este escollo, cuanto es más común el incurrir en él.

Sigan la bandera del poder, de la riqueza, y de la opulencia los mundanos, y aquellos que con vista falible juzgan que esto dura, esto puede, y esto vale; pero los sacerdotes hemos de seguir la bandera de la cruz, desengañados y pobres, ricos de virtudes, desnudos de las pasiones, vestidos de modestia y humildad, perseguidos y mortificados, siguiendo a Jesús, por nosotros mortificado y perseguido. Estas razones, señores, he dicho como prevención, no como remedio, más para que el tiempo no relaje la moderación y ejemplo con que proceden, que porque de ello necesite su ejemplo y reforma.

Verdaderamente en los mundanos puede haber cosas menudas, en nosotros sólo es menudo lo que ellos tienen por grande; el poder, la riqueza, el valimiento, la estimación, la felicidad, son puerilidades para los sacerdotes; porque ni ese ha de ser nuestro camino, ni es ese nuestro deseo, y todo lo debemos juzgar por frágil, percedero, caduco, indigno de que ojos desengañados lo miren, ni corazón desasido lo apetezca. Pero cualquiera cosa que conduzca a la devoción, lleve al fervor, acerque a lo bueno y desvíe de lo malo, por pequeña que sea, es gravísima, y pesa más que toda la humana felicidad y poder.

¿Qué hemos de ser los sacerdotes, sino luces clarísimas, poseyendo desengaños para tener y para repartir; buenos para nosotros, y buenos para los otros? Ciudades cercadas, puestas en el monte de la perfección, que no sólo guían el caminante, sino que defienden al vecino; sal con que se han de sazonar nuestras obras, y mejorar las ajenas, predicando con el ejemplo y con los labios. Y de la manera que de noche la columna de fuego, y de día la nube, iba guiando por el desierto a los hijos de Israel; así en las tinieblas de esta vida la luz del ejemplo sacerdotal ha de guiar a los mundanos, significarles y enseñarles que no hay humana felicidad, que no se resuelva en humo.

¿Qué dura todo lo feliz, dichoso, lúcido y grande del mundo, que, o no se eche sobre ello la infelicidad y desventura, alterado con los accidentes a que está expuesta y sujeta la más segura felicidad? O si esto no sucede en la vida, presto se deshace todo con el golpe inevitable de la muerte. De manera que, o se acaba lo lúcido antes de morir, o ello nos deja antes en la vida, o lo dejamos todo con la vida. Y todavía andamos como mariposas alrededor del fuego, inquietos y engañados, hasta que perdida la vida, nos resuelva en cenizas la muerte; y así, señores, velemos, como tantas veces nos amonestó Cristo Señor,

y bien nuestro; velemos, y con la luz de las buenas obras en las manos, preparados y ceñidos para seguir la última vocación, aguardemos la muerte, antes que ella nos sobresalte descuidados.

Y pues esta devota y venerable Congregación está destinada al amparo de tan grave y religiosa comunidad, como el Cabildo eclesiástico, donde concurren tantos varones doctos, espirituales, fervorosos, a quien poder imitar y seguir; una santa emulación encienda a los congregantes, y ayudémonos unos a otros con espíritu y verdad, para que nos mejoremos, que si los sacerdotes de la Puebla, y de todo ese obispado, que en tan gran número ilustran esas iglesias, respiraren fervor, espíritu y ejemplo, venceremos no sólo al enemigo común en el clero, sino en los mismos seglares; los cuales, ya teniendo propicio a Dios con las lágrimas de los sacerdotes, ya edificados con su santa vida y reforma, vendrán a imitar y seguir a los que tanto deben respetar y venerar. Y yo, entre las penosas ocupaciones de este destierro y ausencia, tendré el consuelo de que faltándoles un Prelado verdaderamente indevoto, inútil e insuficiente, les he dejado tantos coadjutores, y obispos para mejorar las almas, cuantos hay en esa ciudad de congregantes de San Pedro.

Vuelvo otra vez a encomendarles la oración y la mortificación, por ser las dos alas de la vida espiritual, con que vuela el alma de lo humano a lo divino; de lo creado a lo increado; de esto inferior a lo más alto y superior. No tendría por sacerdote, súbdito y amigo, al que por lo menos no tuviese en su casa o en la iglesia media hora de oración mental todos los días, que ésta multiplicará muchas otras; y en el trato y comunicación de Dios, toda la dificultad con siete en los principios, que después de gustado, fácilmente correremos tras el rastro de olor, hallando toda dulzura y suavidad. Y así, verdaderos sacerdotes, gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus, in odorem unguentorum suorum currite.

Dada en Méjico, a doce de Noviembre, año de mil seiscientos y cuarenta.

El Obispo de la Puebla de los Ángeles.